

Nathan Hill

Wellness

Traducido del inglés por Francisco González López

AdN

Título original: *Wellness*

Esta edición se ha publicado por acuerdo con Brandt & Hochman Literary Agents, Inc.
A través de International Editors & Yáñez Co, SL.

Imagen parte 1: “Come With”. Copyright © Nathan Hill.

Imagen parte 2: “The Dual Masters”. Copyright © Nathan Hill.

Imagen parte 3: “New Relationship Energy” (Girl in Window). Copyright © Nathan Hill.

La imagen es una adaptación de *Natural Lipstick: Close Up of the Face of Young Woman with New Shiny Lipstick on Her Lips* de Yakobchuk Olena/stock.adobe.com.

Imagen parte 4: “The Unraveling”. Copyright © Nathan Hill.

Imagen parte 5: “Failure to Thrive”.

La imagen pertenece a *Three Essays: On Picturesque Beauty; on Picturesque Travel; and on Sketching Landscape: To Which Is Added a Poem, on Landscape Painting* de William Gilpin. Londres: R. Blamire, 1794.

Imagen parte 8: “Origin Stories”. Copyright © Nathan Hill.

Imagen parte 9: “The Meaning Effect”. Copyright © Nathan Hill.

Imagen parte 12: “The Miracle”. Copyright © Nathan Hill.

Imagen parte 13: “The Human Soul Out Wandering As A Mouse”. Copyright © Nathan Hill.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



WELLNESS by Nathan Hill. Copyright © 2023 by Nathan Hill. Mediante acuerdo con el autor. Todos los derechos reservados.

© de la traducción: Francisco González López, 2024

© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-10138-06-3

Depósito legal: M. 1.081-2024

Printed in Spain

Para mis padres

VENTE



Vive solo en el cuarto piso de un viejo edificio de ladrillos sin vistas al cielo. Cuando mira por la ventana, lo único que ve es la ventana de ella, casi puede tocarla con la mano. Ella vive sola en el cuarto piso del viejo edificio de enfrente. No se conocen. Nunca han hablado. Es invierno en Chicago.

Apenas entra luz por el estrecho callejón que los separa; tampoco lluvia, ni nieve, ni aguanieve, ni niebla, ni eso crujiente y húmedo que los locales llaman «mezcla invernal». El callejón es un ente oscuro e inmóvil que está al margen de los fenómenos meteorológicos. Parece desprovisto de atmósfera, un agujero hilvanado a la ciudad con el propósito de separar una cosa de otra, como el espacio exterior.

La primera vez que la vio fue en Nochebuena. Ese día se acostó temprano con una terrible sensación de abatimiento —la única persona en todo el ruidoso edificio sin ningún otro lugar al que ir—, cuando una luz se encendió al otro lado del callejón y un leve y cálido resplandor reemplazó la habitual oscuridad de su ventana. Se incorporó, se acercó a la ventana y se asomó. Allí estaba ella, trajinando de aquí para allá, colocando cosas, sacando coloridos vestidos de enormes maletas, todas a juego. La ventana del edificio de enfrente estaba tan cerca, *ella* estaba tan cerca —apenas separados por un ambicioso salto—, que decidió retroceder un poco y ocultarse por completo en la oscuridad. Se sentó sobre los talones y se quedó mirando un rato hasta que sintió que lo que estaba haciendo era inadecuado e indecente; de mala gana, se fue

a dormir. Pero las semanas siguientes habría de volver al teatro de la ventana con más frecuencia de la que le gustaría reconocer. De vez en cuando, durante algunos minutos, sigue sentándose allí, escondido, observando.

Decir que la encuentra guapa es demasiado simple. Claro que le parece guapa: es objetiva, clásica y manifiestamente guapa. Incluso su forma de andar —como si flotase, dando joviales y garbosos saltitos— lo tiene completamente fascinado. Su vecina se pasea por el apartamento con calcetines gruesos y a veces improvisa un giro que hace que la falda del vestido vuele fugazmente. En este lugar sombrío y mugriento prefiere llevar vestidos veraniegos y coloridos que contrastan con la suciedad del barrio, con el frío del invierno. Luego se aovilla en su lujoso sillón de terciopelo dejando las piernas ocultas bajo la falda, con varias velas encendidas alrededor, el rostro impassible y frío, sujetando un libro en una mano mientras con la otra acaricia ociosa el borde de una copa de vino. Él la observa tocar la copa y se pregunta cómo es posible que la yema de un dedo tan pequeño pueda infundir un tormento tan grande.

El apartamento está decorado con postales de lugares que, según cree, ella ha visitado —París, Venecia, Barcelona, Roma—, y con pósteres enmarcados de obras de arte que, según cree, ella ha visto en persona: el *David*, la *Piedad*, *La última cena*, el *Guernica*. Su vecina tiene gustos diversos e intimidantes; él, por su parte, nunca ha visto el mar.

También lee sin medida, a todas horas; enciende la lámpara amarilla de la mesita de noche a las dos de la mañana y se pone a hojear enormes libros de texto —de biología, neurología, psicología, microeconomía—, obras de teatro, poemarios, tochos históricos sobre guerras e imperios, revistas científicas con nombres impronunciables y anodinas encuadernaciones grises. Escucha música que él supone clásica a juzgar por la forma en que balancea la cabeza mientras la oye. Intenta identificar las cubiertas de los libros y las carátulas de los discos, y al día siguiente corre a la biblioteca pública para informarse sobre los compositores que la estimulan y

la mantienen despierta, para escuchar todas las sinfonías que su vecina parece ponerse en bucle: *Haffner*, la *Heroica*, *Nuevo Mundo*, la *Incompleta*, la *Fantástica*. Imagina que, si alguna vez llegan a hablar, él deslizará como el que no quiere la cosa algún comentario sobre la *Sinfonía fantástica* y ella se quedará impresionada y se enamorará de él.

Si es que alguna vez llegan a hablar.

Ella es exactamente el tipo de persona —culto, cosmopolita— que él vino a encontrar en esta ciudad atterradoramente grande. El error obvio de su plan, se da cuenta ahora, es que una mujer tan culta y cosmopolita jamás se interesaría por un tipo tan inculto, tan provinciano, tan simplón y tosco como él.

Que él sepa, solo ha recibido una visita. De un hombre. Se pasó una eternidad en el baño antes de que llegase, se probó seis vestidos distintos y finalmente optó por el más ceñido: uno morado. Se recogió el pelo. Se maquilló, se lavó la cara, se maquilló otra vez. Se duchó dos veces. Parecía otra persona. El hombre llegó con un pack de seis cervezas y pasaron un par de horas juntos, parecían incómodos y desganados. Luego, el hombre se despidió con un apretón de manos y se fue. Jamás volvió.

Después, su vecina se puso una camiseta vieja y deshilachada y se quedó sentada toda la noche comiendo cereales fríos en un arrebatado de pereza inconfesable. No lloró. Se quedó allí sentada, sin más.

Mientras la observaba a través del callejón sin oxígeno, reparó en la belleza que ella irradiaba en aquel momento, aunque la palabra «belleza» parecía demasiado limitada para dar cuenta de todos los matices de la situación. La belleza tiene una faceta pública y otra privada, pensó, y es difícil que una no anule a la otra. Le escribió una nota en el reverso de una tarjeta postal de Chicago: «Conmigo nunca tendrías que fingir». Luego la tiró y volvió a probar suerte con otra postal: «Nunca tendrías que ser alguien que intenta ser otra persona». Pero no envió ninguna. Nunca las envía.

Algunas noches, el apartamento de su vecina está a oscuras y él sigue con sus banales y solitarios quehaceres preguntándose dónde andará ella.

Es en esos momentos cuando ella lo observa a él.

Sentada junto a la ventana, en la oscuridad, donde él no puede verla.

Lo examina, lo estudia, percibe su quietud, su tranquilidad, la admirable forma en que se sienta con las piernas cruzadas en la cama y se limita a leer concienzudamente durante horas. Siempre está solo. Su apartamento —una inhóspita cajita de desangradas paredes blancas, una estantería de bloques de hormigón y un futón condenado al suelo— no es un hogar que espere invitados. Su vecino está prendido, según parece, al ojal de la soledad.

Decir que lo encuentra guapo es demasiado simple. Más bien lo encuentra guapo en la medida en que parece no ser consciente de que podría serlo: una oscura perilla que oculta una delicada cara de niño, grandes sudaderas que disimulan un cuerpo enclenque. Debe de hacer años que no pisa una barbería y el pelo le cae en grasientos mechones que le cubren los ojos y le llegan hasta la barbilla. Su estilo es cien por cien apocalíptico: camisas negras raídas, botas militares negras y vaqueros oscuros que precisan urgentes remiendos. No le consta que posea ni una sola corbata.

A veces se pone delante del espejo sin camisa, lívido, contrariado. Es tan poquita cosa: bajo, anémico, flacucho como un adicto. Sobrevive a base de cigarrillos y de algún que otro alimento apto para microondas, de esos que vienen en cajas y envueltos en plástico; en ocasiones, también recurre a productos en polvo o deshidratados de aspecto incomible. Presenciar esto la hace sentirse igual que cuando ve a las temerarias palomas posarse sobre las mortíferas líneas electrificadas del metro.

Su vecino necesita verduras en su vida.

Potasio y hierro. Fibra y fructosa. Cereales en condiciones y zumos de colores. Todos los ingredientes y elixires de la vida saludable. Quiere enviarle una piña con un lacito. Y una nota. Una fruta nueva cada semana. Le diría: «No seas tan cruel contigo mismo».

Durante casi un mes ha visto los tatuajes extenderse como hiedra por la espalda de su vecino, una colorida maraña de diseños

que empieza a colonizar también sus delgados brazos. «Podría vivir con eso», piensa ella. De hecho, los tatuajes asertivos le inspiran cierta confianza, en concreto, uno que es visible incluso con una camisa abotonada hasta el cuello. En su opinión, indica que es una persona segura y con fuertes convicciones —una persona *con* convicciones—, cosa que contrasta con su crisis interna diaria, la pregunta que la acecha desde que se mudó a Chicago: «¿En quién me convertiré?». O para ser más exactos: «¿Cuál de mis numerosas personalidades es la auténtica?». El chico del tatuaje agresivo parece ofrecer una nueva huida hacia delante, un antídoto contra la ansiedad de la incoherencia.

Es artista, eso está claro, porque casi siempre está mezclando pinturas y disolventes, tintas y pigmentos, sacando fotografías de baños químicos, o encorvado sobre una caja de luz mientras inspecciona negativos a través de una pequeña lupa redonda. Le sorprende la cantidad de tiempo que es capaz de mirarlos. Puede pasarse una hora comparando dos fotogramas, observando uno, luego el otro, y más tarde el primero otra vez, hasta dar con la imagen perfecta. Y una vez que la encuentra, rodea el fotograma con un lápiz rojo graso, tacha los demás negativos, y ella no puede más que aplaudir su capacidad de decisión: cuando elige una foto o un tatuaje o cierto estilo de vida bohemio, lo escoge con devoción. Es una cualidad que ella —incapaz de decidir hasta las cosas más sencillas: qué ropa ponerse, qué estudiar, dónde vivir, a quién amar, *qué hacer con su vida*— envidia y codicia. La mente de ese muchacho está en calma porque tiene un propósito elevado; ella se siente como un inquieto guisante chocando contra su propia vaina.

Es exactamente el tipo de persona —desafiante, apasionada— que ella vino a buscar a esta ciudad tan remota. El error obvio de su plan, ahora se da cuenta, es que un hombre tan desafiante y apasionado jamás se interesaría por una chica tan convencional, tan conformista, tan aburrida y burguesa como ella.

Así pues, siguen sin hablar mientras se suceden las lentas y glaciales noches invernales y el hielo recubre las ramas de los árboles

como percebes. Todo el invierno igual: cuando la luz de él está apagada, él la mira a ella; cuando la luz de ella está apagada, ella lo mira a él. Y las noches en que ella no está en casa, él se queda hundido, desesperado, rozando acaso el patetismo, observa la ventana de su vecina y siente que el tiempo se le escapa, que las oportunidades se esfuman, siente que pierde el tren que lo llevaría a su vida soñada. Y las noches en que él no está en casa, ella se siente abandonada, vuelve a sentir el fiero zarpazo del mundo, y escruta la ventana de su vecino como si fuese un acuario con la esperanza de que aparezca algo maravilloso de entre la penumbra.

Y ahí siguen, deambulando entre las sombras. Fuera, la copiosa nieve cae en silencio. Dentro, cada uno en su pequeño estudio, en su viejo y decrepito edificio. Las luces de ambos están apagadas. Ambos esperan el regreso del otro. Al acecho, junto a sus respectivas ventanas. Ambos tienen la mirada clavada en el oscuro apartamento de enfrente, al otro lado del callejón y, aunque no lo saben, se están observando mutuamente.

Sus edificios no fueron concebidos con fines de habitabilidad. El de él era originariamente una fábrica. El de ella, un almacén. Los diseñadores de estas estructuras no predijeron que allí viviría gente, por lo que esa gente se quedó sin vistas. Ambos edificios se construyeron en la década de 1890, fueron rentables hasta 1950, los abandonaron en los sesenta y permanecieron en desuso desde entonces. Es decir, hasta ahora, enero de 1993, cuando alguien decidió resucitarlos y darles un nuevo fin —apartamentos y estudios baratos para artistas muertos de hambre—, y el trabajo de él consiste en documentarlo todo.

Su objetivo es ser la memoria del edificio, capturar la miseria antes de la rehabilitación. Muy pronto, las cuadrillas de trabajadores —la palabra «trabajadores» se emplea aquí con bastante laxitud para describir a los poetas, pintores y bajistas que realizan esta tarea a cambio de una rebaja en el alquiler— comenzarán las labores de limpieza, pulimentado y eliminación de residuos para conseguir que el lugar sea más o menos habitable. Y aquí está él, en los rincones más mugrientos y deteriorados de la antigua fábrica con una cámara prestada, documentando las ruinas.

Mientras recorre los largos pasillos de la quinta planta, va levantando una nube de polvo y suciedad con cada pisada. Fotografía la inmundicia y los escombros, techos derrumbados, trozos de yeso, ladrillos. Fotografía los elaborados grafitis. Fotografía las ventanas rotas, las cortinas deshilachadas, hechas trizas. Teme tropezarse con algún okupa que esté durmiendo, no sabe si es me-